

Significación de la crisis

Suponen mucha gente que la crisis actual ofrece grandes dificultades, y su resolución puede constituir un gravísimo próximo peligro.

Hácese cálculos ya en favor de la concentración amplia, ó bien sobre la confirmación de Sagasta con la Constitución liberal: descontada por completo en los actuales momentos la solución conservadora.

El pleito está, pues, planteado así: con Sagasta ó contra Sagasta. Los motivos del litigio, aunque se afirma que son el decreto sobre asociaciones religiosas, el problema socialista y el arreglo del Banco, no son otros sino acallar á algunos disidentes, satisfacer ciertas ambiciones y establecer una especie de tregua en la contienda de elemento, afines para llegar como sea al 19 de Mayo.

Las Cortes, dígame cuanto se quiera, son sagastinas, y no tardarían mucho en derribar á cualquier gobierno que no sea presidido por Sagasta; y esto, en los momentos actuales, es tan grave para el régimen como la conjura de los solitarios.

Que unos, como Romero, son individualistas rabiosos; otros, como el duque de Tetuán, no jurarán, porque carecen de ideas; otros, con Maura, pretenden un socialismo cristiano ó papista, que no sabemos á dónde nos conduciría, y cuyas doctrinas pugnan abiertamente con la manera como se propone Canalejas abordar y resolver el problema obrero; y Montero, el aceptado como cabeza de un gobierno así constituido, es gallego. Ahora nuestros lectores dirán si una situación así puede tener viabilidad.

En el problema religioso, esos primates tienen puntos de vista tan opuestos, que seguramente, iniciada la cuestión en el primer consejo, vendría inmediatamente el choque y la ruptura.

Los compromisos con el Banco de España que les unieron al parecer en las enmiendas Muniñosa-Villaverde, no alcanzan más allá que al propósito de dar la batalla al Gobierno, evitar la discusión del proyecto Urzáiz ó precipitar la crisis. Ya desligados, cada uno tiraría por su lado.

Pero se habla también de la necesidad de acentuar la política liberal y democrática para desarmar, dice, á los radicales, y procurar la aproximación, contando con la benevolencia de los republicanos templados. Esto lo ha dicho siempre Sagasta, aunque no lo ha cumplido; y Montero y Canalejas, y el propio Romero, que hizo aquella especie de alianza hace poco más de un año, han sido ministros y han ocupado lugar preferente en las Cámaras, y la verdad es que no sólo no los hemos visto librar ninguna batalla por los ideales democráticos, sino que, cuando la ocasión se les ha brindado para romper una lanza por la democracia, han guardado prudentísima reserva; de suerte que son iguales, y aun peores, que Sagasta; esto aparte que sus amigos Maura y Tetuán no irían tampoco por ese camino, porque el abogado de los jesuitas y el aristócrata estadista miran con profundo desprecio al pueblo y consideran cursi toda reforma en sentido democrático.

Resulta que la crisis originada por el problema del Banco no se va á resolver dentro de las condiciones del suceso que la motivó, sino que sigue el camino de todas las crisis del régimen. Esta crisis última de la regencia es la crisis de las ambiciones y de la conjura de los mal avenidos con una larga oposición, donde todas las pasiones encuentran asiento, y el cieno asoma con sus mortíferos miasmas.

La crisis de la agonía y la crisis de la semana de Pasión de los que pretenden galvanizar un cadáver.

Sea cualquiera su solución, el país sufrirá un nuevo agravio que no debe tolerar.

A. A.

Murmuraciones

Como estamos en crisis, los sucesos generales, aquellos que nos afectan á todos, porque se relacionan con la vida pública, están en huelga forzosa.

No sucede algo que pueda interesar. El ministerio de amplia concentración resulta un amplio disparate que tiene toda la amplitud de las cosas imposibles.

Sagasta y Silvela, apoyándose uno en otro, como dos buenos amigos, aunque como dos malos gobernantes, confiesan que aquí no hay más concentración, digo, más ampliación que aquella que á ellos les convenga para su beneficio y el de sus amigos.

Parecen decirles los dos al régimen monárquico:

—Tú vivirás aquí en tanto nos concedas á nosotros el derecho de prioridad. En el momento que te vayas por otros derroteros, todos nuestros entusiasmos monárquicos se enfriarán, y desde la zona tórrida del monarquismo, en que nos hallamos, pasaremos al polo Norte. ¿Quieres marcharte con la música á otra parte? Cambia de rumbo y verás.

Y no hay otra solución. Creer que Romero Robledo, Tetuán, Maura y demás *versos sueltos* de la política española pueden llegar al gobierno, es una necesidad.

Su justificación es bien clara; y nosotros, que somos contrarios á unos y á otros, y que de todos esperamos lo mismo, confesamos que en esta ocasión la razón está de parte de los dos jefes.

Ellos, indudablemente, están desacreditados... ¿Pero acaso no lo están los otros señores?

¿Qué crédito tiene Romero Robledo, el político más desvergonzado que ha tenido España? ¿Qué crédito tiene el Duque de Tetuán, ni á dónde se puede ir esa estantigua que se le oiga?

¿Dónde irá López Domínguez? Nos queda Maura...

Maura á pesar de todo su talento, y de su buena fé y condiciones de gobernante, es un jesuita público, y nadie fía en él, y tiene muy pocas simpatías.

Le acompaña, donde quiera que va, la mala sombra de su cuñado Gamazo, aquel pobrecito señor tan antipático que esté en gloria.

El único que pudiera la opinión ver con buenos ojos es Canalejas, y ese es demasiado listo para sumarse á las inutilidades antes nombradas.

Por otra parte, Canalejas pondría por condición resolver la cuestión religiosa en sentido democrático, y como ese es el caballo de batalla, y el Vaticano pondría el veto, no hay Canalejas posible, ni sin ni con Sagasta.

O Canalejas claudica de las opiniones y programas que tiene manifestados, ó Canalejas es una fuerza perdida para los partidos monárquicos, en tanto la monarquía gire bajo la dirección de Rampolla, el querido de la carbonera de Madrid.

Don Antonio y doña Eulalia, príncipes *ambos á dos* (disparate que se emplea por más de algún escritor), se han avenido, y se dice que ya se ha arreglado *id...* de la manera siguiente:

Ella irá donde mejor le convenga, sin permiso y sin dar explicación; don Antonio hará lo mismo: irá á la tierra del sol con quien quiera y como quiera, con levita ó paletot, pero siempre demostrando que le queda educación.

Y hecha la paz de ese modo, queda cubierto el honor, y no hay divorcio posible, y se acaba la función.

¡Tomad ejemplo, vasallos! Así se vive mejor.

D. Francisco Romero Robledo tiene un órgano y un partido en... Jaén.

Y el órgano susodicho, por boca, ó por pluma, de su director, al enterarse de la crisis, comienza á empujarlo hacia adentro á ver si cuela.

Y dice, con todas las *veritas* de su alma:

«Nuestro ilustre jefe Sr. Romero Robledo es el llamado á libertar al pueblo español de las férreas cadenas que le aprisionan.»

Creo usted, querido amigo, que, como sea verdad eso que usted dice, seguiremos con las cadenas puestas.

¡Ese *gachó* no las rompe!

Ya lo verás, Eduardo, ya lo verás.

Dice un colega:

«La viuda de D. Estanislao Figueras, de aquel hombre íntegro que fué primer presidente de la República española en el año 1873, se halla en la miseria, en la más espantosa de las miserias.»

¡Lo mismo que la viuda de Alfonso XII! Esto debe de servirles de enseñanza á las mujeres.

Ninguna debe de casarse con un hombre que pueda ser Presidente de la República española.

Porque... ni su marido cobra más que lo necesario para vivir, ni la nación concede viudedad.

La que quiera vivir bien que se case con un rey de España, ó con un ministro monárquico, ó con un portero del Congreso.

Quedarán bien aun á la muerte del marido.

Corre por ahí la siguiente advertencia:

«Se advierte en el sol una mancha de veinticuatro mil kilómetros de diámetro.»

Como haya que quitarla con espíritu de vino ó con bencina, ¡ya es faena!...

INCIDENTE CÓMICO-GROTESCO DADO AYER EN EL CABILDO MUNICIPAL, Á BENEFICIO DE LOS PAPANATAS, POR EL CONCEJAL BAILARÍN SEÑOR PEPITILLA.

ALCALDE. Señores Concejales: ¡todo á la caja, que el Sr. Pepitilla va á quemar la quinta bengala del año 1902, y la primera de la Primavera! Tiene la palabra el Sr. Pepitilla.

PEPITILLA. Señores Concejales: Todos sabéis la moralidad que yo me traigo debajo de la camisa cuando mis amos y señores no están por remedio... Esta mañana, cuando les estaba embetunando las botas, les oí respirar por el lado de sus rencores, y yo, como buen servidor, vengo aquí, con toda la elocuencia que me caracteriza, á decir cuatro llenas y cuatro vacías, en la confianza de que ninguno de vosotros habréis de contestarme, ó porque tanta es la fuerza de mi razón, ó porque mayor es la muestra de vuestro desprecio. (*¡Bien, bien!*) Hay quien se dedica, en el puesto de concejal, á inspeccionar los husillos del distrito que le corresponde; pero yo, que ya voy siendo viejo en esta casa, me dedico á las contratas. Una vez me dediqué á la contrata de las basuras, y me salió requetebien, y buena prueba de ello fué mi indumentaria por aquellos días felices. Después me dediqué al alcantarillado, y también logré un triunfo fraternal. Y ahora me he dedicado á cazar á los contratistas de fijación de anuncios y de licencias de obras públicas, ambas personas conocidas y de sobrada responsabilidad, y de las cuales no puedo sacar un *botón* (*Risas*). Yo sé que el Ayuntamiento de Sevilla tiene que entregarle al contratista de Obras públicas más de catorce mil pesetas de los embolados y fraudes que el Ayuntamiento anterior, del *honrado* Ayuntamiento anterior, tenía tapados por corresponder á ilustres personalidades del partido conservador, cuyas ilustres personalidades ya sabéis que están exentas de todo arbitrio, porque para eso vienen al Ayuntamiento, y para eso estoy yo aquí con toda mi elocuencia de abogado barato. Yo sé todo eso, y tanto lo sé, que por persona allegada á mí se me ha rogado que yo instruya el expediente, ó los expedientes, sin intervención de nadie, y yo no he querido porque sé que me voy á coger los dedos y que el contratista tiene razón. Pero... ¡yo soy el campeón de la moralidad superficial, de esta moralidad de baratillo que se pregona con cuatro palabras dichas en público, cuando este público no sabe de la misa la media!...

ALCALDE. (*Con sorna.*) Refrésquese el Sr. Pepitilla y no emplee palabras impropias de este lugar.

PEPITILLA. ¿Se refiere el señor Alcalde á lo de la misa? Pues me acuerdo de ella porque todos los que la dicen la cobran...

LLACH. (*Deja caer un duro sobre el pavimento: Pepitilla vuelve la cara.*) No lo he hecho con intención.

PEPITILLA. Me lo figuro Sr. Llach. Pero, al oír sonido tan insinuante, ¿quién no vuelve la cara? (*¡Bien, bien!*)

ALCALDE. Señor Pepitilla: Aunque todos estamos encantados de su elocuencia *desinteresada*, como todos sabemos que las iniquinas particulares no deben llevarse

hasta el extremo de que nosotros sirvamos de burla de su señoría ornitológica, ¿por qué no presenta una moción?

PEPITILLA. Porque mi deseo es que me dieran ustedes gusto, como me lo dan mis amos...

ALCALDE. Si usted mismo ha confesado que el Ayuntamiento *honradísimo* y conservador estorbó que el contratista de Obras públicas cobrara catorce mil pesetas, que se le adeudan, ¿con qué cara se le van á pedir cinco mil que debe, cuando nosotros, digo ustedes, le estorbáis el cobro de lo suyo? ¿Para quién habla usted? ¿Para los babcas que no lo conocen?

PEPITILLA. Si, señor Alcalde: para esos.

ALCALDE. Pues bien; que los babcas le den bombo, y los que no lo conozcan que lo compren... Constarán en acta sus palabras. Se levanta la sesión. (*El señor Llach vuelve á sonar el duro, y PEPITILLA, sonriéndose, le dice:—¡No ande usted con esas bromas!*)

CARRASQUILLA.

La moral de "Pepitilla"

El señor Real de apellido, aunque ni es *real* ni siquiera ocho cuartos, desde su tenencia de alcalde, conquistada lacayuneando en la calle San José, viene despotricando desde los escaños municipales, sin encontrar arriero que le ponga el ataharre que merece su descocada soberbia.

Y como, apesar nuestro, vemos que entre los señores municipales no hay uno siquiera que, saliendo en defensa de la Verdad y la Justicia y del propio decoro, le ponga el freno á la desbocada jaca de la fogosidad *realera*, vamos á salirle al encuentro, gritándole para que no se despeñe:—Alto allá! Deten tu vertiginosa carrera, que vas á atropellar el buen sentido que deben respetar todos los funcionarios públicos, por muy ignorantes que sean.

La pesadilla del Sr. Real son los contratistas. Antes *la tomó* con el de la basura, y á propósito de si *no sudaba ó si sudaba poco*, se pasó un verano oliéndole el culo... erpo, hasta que por fin llegó el otoño, y con las primeras aguasse constipó, perdió el oltato, compró abrigos invernales y dejó en paz hacer su gusto al pacientísimo traficante de las inmundicias sevillanas.

Luego la emprendió contra los médicos de la Beneficencia para reglamentarles el uso de las pretinas de los calzoncillos blancos, hasta que tropezó con el doctor Valenzuela, que le dijo cuántas son cinco.

Más tarde negoció con la Empresa de consumos el arriendo de los arbitrios extraordinarios de la tarifa tercera, y en premio á su celo y desinterés, conquistó DOS MIL MACHACANTES DISGUSTOS, que le permitieron distraer las penas mayores que venía sufriendo.

Ahora su pesadilla son los contratistas del servicio de fijación de anuncios y el de los arbitrios sobre licencias de obras; dos *tonos de capirote* que honradamente creyeron que de los municipios donde hay *reales* se pueden aceptar contratos de buena fé, y aceptaron esas dos contratas á su nombre, sin poner al frente de ellas á dos *raspans* insolventes é indocumentados, como hacen los amigos políticos del señor Real cuando arriendan los servicios públicos.

Pues bien: esos dos contratistas, propietarios de *verdad*, á cuyos nombres figuran amillaradas é inscritas en los registros de la propiedad fincas por valor de cincuenta mil duros, son los blancos del infame y granujiento descrédito que á diario y alevosamente dispara la oratoria nauseabunda del teniente de alcalde Sr. Real, porque el uno, el contratista del servicio de fijaciones, que en su expediente de doce años de contrata no figura la más mínima amonestación, está en descubierto con el Erario municipal, pendiente de una liquidación que el Ayuntamiento no le practica, tiene en descubierto, decimos, la *enorme, enormísima* cantidad de DOSCIENTAS VEINTICINCO PESETAS; y el otro, el de licencias de obras, ha dejado de ingresar voluntariamente 5,750 pesetas, cansado de pedir al Ayuntamiento CATORCE MIL pesetas que in-

debida y abusivamente le retiene, según el fallo ejecutivo de la superioridad.

Y vean ustedes. Esos dos contratistas, que tienen amplio y honrado crédito en todas las bancas y en las primeras casas comerciales de Sevilla, por miles de duros; que no podrían, aunque quisieran, hacerse insolventes, como hacen los conservadores, porque los derechos reales de las transmisiones de dominio de sus bienes importarían muchos miles de pesetas más que los ilusorios descubiertos que se le reclaman, esos dos contratistas no le merecen garantía al Sr. Real, á ese prócer, á ese ilustre abogado de secano, que, no teniendo oficio conocido, emplea su altruismo en el manejo del caudal del pueblo sevillano.

¡Ah ma...gnate! Si no te conocieran, habrías dado un golpe con tus elucubraciones moralistas; pero apesar de tu jaleador coro de imbéciles, á tu moral administrativa todos la llaman la moral de Pepitilla.

Mas no eres tú el que maravilla al pueblo, porque te conoce y sabe lo que vas buscando; lo que asombra á todos es la pequeñez de tus compañeros en el concejo municipal, que te permiten gallear cuando debieran tenerte, ya que no en lugar excusado, por lo menos debajo de las mesas, rebuscando las colillas administrativas que tanto te gustan.

Ahora has dado en hueso: todos no son contratistas de basura ni de consumos.

¡Hay clases!

MODESTO.

CRONICA

MANIOBRAS MILITARES

Ayer las bayonetas de nuestros bisoños soldados brillaron bajo la luz clarísima del más hermoso sol primaveral de Andalucía; aquellos muchachos que no hace un mes aún hendían con sus pies el terruño en las faenas agrícolas, ó á fuerza de golpes de mazo daban la forma apetecida á la roja barra de hierro en el interior de la fragua, tí horadaban la piedra para introducir en el hueco el cartucho que la haría saltar en mil pedazos, movíanse sobre la ancha superficie del Prado, cubierto de tempranas yerbas, al unísono compás que les marcaban las músicas y las voces de mando. De hombres libres habían pasado á siervos esclavizados por la disciplina y la ordenanza, que mandan obedecer hasta morir.

Era un espectáculo hermoso, sugestivo. La ancha planicie semejóbase á inmensa esmeralda sobre la que marchaban de frente ó en sentido oblicuo hileras de soldados, que, al unirse y separarse, formaban figuras caprichosas; los árboles que bordeaban los paseos no eran los espectros de los días de invierno. En sus ramas se veían los verdes brotes que la savia primaveral convertirá pronto en florido ropaje. Allá en el fondo, un cielo azul y diáfano que hacía dilatarse los horizontes; y cerca, sobre el mismo campo de maniobras, multitud de caras alegres de los muchachos que parodiaban aquellas operaciones militares, ejecutadas con la misma corrección con que se mueven por manos expertas los monigotes sobre un tablero de ajedrez...

—¡Qué hermoso es esto!—dijo una señora á la que acompañaba un caballero, y que momentos antes habían descendido de un carruaje á la entrada del paseo.

—Sí—contestó él—las maniobras son bonitas. Estos pobres soldados aprenden muy pronto la instrucción; y luego, con el uniforme militar, adquieren cierta gentileza. Miralos...

En aquel momento marchaba de frente, hacia el sitio en que se hallaban los actores del diálogo, una fila de *pobres soldados*. En sus rostros juveniles, que bañaba el sudor, reflejábanse el cansancio que les producía aquello que *tan hermoso* era para los que habían ido al campo de maniobras por gusto, con el mismo placer que se asiste á un espectáculo, y por ende á un espectáculo cuyo escenario tiene la magnificencia que le presta la naturaleza en un incomparable día de primavera andaluza. Sí, tenía razón la señora: aquello era muy hermoso para los que iban á disfrutar del día y del espectáculo guerrero; para los que, sin temor á las trabas de la ordenanza, ni al castigo de la disciplina, podían discurrir tranquilos y desfilar cuando les viniese en ganas, sin que tuvieran que prestar ciega obediencia á la voz que daba el jaltó ú ordenaba marchar.

El pincel de Mariano Unceta, tan hábil para trasladar estas escenas militares al lienzo, hubiese hecho un cuadro notable de luz y colorido, copiando las maniobras ejecutadas ayer por los bisoños soldados, en la ancha planicie del Prado. Y quizás, apesar de su reconocida maestría, no hubiese encontrado en su pa-

leta colores tan brillantes que diesen fidedigna semejanza á la realidad. Era aquello muy hermoso, como dijo la señora.

¡Muy hermosos!... Pero á buen seguro que los soldadillos que por primera vez maniobraban en campo abierto y bajo la voz de mando de sus jefes, hubiesen cambiado la gentileza que les daba el uniforme militar, por el arado que rompe el terruño, el mazo que tuerce la barra de hierro ó la barrena que horada la piedra... por su libertad, en fin.

¡Esa sí que es hermosa, esa sí que hace comprender los atractivos del paisaje, la grandeza de las cosas creadas!...

Disfrutando de aquella, no estando la voluntad de uno supeditada á la del que manda, es como se perciben bien las auras primaverales que embalsaman el ambiente y elevan el espíritu á las regiones del más sublime arte. Siendo esclavo, esa misma innegable belleza tiene la horrible fealdad de todas las tiranías.

ANTONIO SOTO.

De actualidad

Terminaron las consultas. Villaverde y Tejada mostráronse favorables á la continuación de Sagasta. Maura, al salir, estuvo reservadísimo. Romero, Tetuán y López Domínguez aconsejaron la concentración. Romero dijo: —Defendí la concentración en las Cortes en toda la legislatura, y no me parecía lógico aconsejar otra cosa en la actual crisis.

Dícese que Canalejas aceptará la cartera de Gobernación. Rechaza la de Hacienda, á la que llevaría el compromiso de suprimir los consumos. Canalejas conferenció con Montero Ríos.

Anoche conferenciaron Tetuán y Montero Ríos.

Dícese que los concentrados, en conferencias previas, coincidieron en la mayoría de las cuestiones. Romero aceptaría cualquier cartera.

Sancionóse la ley, exceptuando del pago de derecho de Aduanas el material del Hospital Mora de Cádiz.

En el salón de conferencias está en alza el gobierno Sagasta.

De Barcelona dirigiéronse á Krüger dos telegramas de felicitación por la última victoria. Uno, de los vecinos de Villanueva y Geltrú. La victoria acércase, y la soberbia Albión muere el polvo. ¡Gloria á los boers!

Las naciones pequeñas y moribundas preparáanse á asistir al entierro de la orgullosa Albión.

Lerroux ha manifestado á los padrinos del capitán de la benemérita Sánchez Candel, que dirigió acusaciones á la benemérita basado en informes equivocados.

Ahora rectifica gustoso: quedando la cuestión terminada.

En Cartagena fondeó la escuadra austriaca: preparáse un banquete.

Siguen las huelgas en Gijón. El domingo habrá un mítin monstruo. Llegaron refuerzos.

La prensa de Londres aplaude la generosidad de los boers libertando á Methuen. Proponen la reciprocidad, y que se liberte á Cronje y Viljoen.

En la capilla de la virgen Novena, en la iglesia de San Sebastián, celebráronse funerales por Vico.

Presidieron el hijo del finado, Bretón, Mesero, Thuillier y Romea.

El *Heraldo* cree que se intentará el gabinete Montero, y supone que fracasará. Visitaron á Sagasta Groizard y Capdepón.

Entre los liberales dícese que Montero Ríos se negará á formar Gobierno.

Maura niega su concurso personal á la concentración, aunque prestarle apoyo.

Sagasta cuenta con la formación de un Gobierno liberal bajo su presidencia.

Cuenta con Canalejas, Armijo, Moret y Weyler.

Dificultad para la cartera de Hacienda.

Confírmase una nueva victoria alcanzada por los boers en las inmediaciones de Johannesburgo.

Se encuentran paralizados los trabajos de las minas.

Un corresponsal inglés en Amsterdam afirma que la columna de 1,300 hombres que reunió lord Methuen fué destruida por los boers.

Otro telegrama de Capetown comunica que Cecil Rhodes se encuentra moribundo.

En los círculos políticos continúa reinando igual confusión respecto á la solución de la crisis.

Créese sin embargo, que los sucesos se desarrollarán hoy del siguiente modo:

A las doce de la tarde, cuando vaya Sagasta á despachar con la reina, ésta le dirá que terminadas las consultas y en vista de que no ha podido hacer la concentración, encargará al señor Montero Ríos que la intente.

Inmediatamente se avisará al señor Montero para que vaya á palacio á las dos de la tarde haciéndole entonces el encargo de la reina.

Montero aceptará y empezará á visitar á los señores duque de Tetuán, López Domínguez, Romero Rebledo, Canalejas, Weyler, Maura, Puigcerver y otros exministros liberales.

Afirmase que el señor Montero Ríos cuenta con la adhesión de Canalejas y Weyler.

Respecto al señor Maura créese que no prestará su concurso personal, aunque apoyaría á un gobierno Montero Ríos.

Hasta el domingo no dará éste cuenta á la reina del resultado de sus trabajos, creyéndose que podrá llevarle el ministerio formado.

Atribúyese á Romero Rebledo la siguiente frase:

«Montero Ríos, si la Reina se atreve contra la mayoría sagastina y la minoría conservadora, formará un Gobierno coalicionista; si se asusta la Reina, entonces el lunes jurará un Gabinete presidido por el Sr. Sagasta.»

Es objeto de comentarios la actitud de los monteristas, los cuales no se recatan para hablar en contra del Sr. Sagasta, no se sabe si confiados en el triunfo ó despechados por no obtener el poder.

Palma.—Al anoecer ha desaparecido del horizonte la escuadra inglesa.

Entre el público, que presenció desde la costa las maniobras navales, se dice que los buques ingleses simulaban un ataque á la isla, que estaba defendida por una división de la escuadra.

Londres.—El rey Eduardo marchará á Cannes el 28 de Mayo, para no se detendra, como anunció el Gobierno inglés, en París, ante el temor de que pudieran hacerse manifestaciones en favor de los boers.

París.—Telegrafían de Constantinopla que el cólera causa grandes estragos entre los peregrinos musulmanes.

En Medina han fallecido 153 cólicos, y en la Meca se han dado 13 casos de dicha terrible enfermedad.

Comiquerías

LA CAMPOS SE IMPONE....

No puede negarse la realidad de las cosas. Amalia Campos se ha impuesto y el público escucha complacido sus picarescos *couplets*. ¡Y tan picarescos!...

Ella, la coupletista de la *fresa* y del *averigüe usted* ha logrado haciendo de *Don Tancredo* en la zarzuela *El juicio oral*, un éxito más franco, más ruidoso, más verdad que el obtenido por *Pepitilla* en el Ayuntamiento. La Campos triunfó por su gracia y sin el auxilio de la *claque*.

Pepitilla, ¡oh, *Pepitilla*!, organizó aquella como pudiera haberlo hecho uno de los más hábiles confeccionadores de éxitos teatrales! Y así salió el hombre de la Sala Capitular, había crecido un palmo. El que le hace falta para consolarse... de su pequeñez.

Pero volvamos al teatro del Duque, donde la Campos, *subida en su pedestal*, cautiva todas las noches los aficionados al desnudo y al *couplet*.

Allí óímos anoche otro discurso notable, (no todos los triunfos de la oratoria han de ser para los ediles con vistas á la basura) el señor Estellés: informó actuando de fiscal acusador del *genero chico* con rara fortuna y su correspondiente *¡alza Pepa!* Nunca le hemos oído más elocuente y más afortunado. Fué un fiscal de cuerpo entero.

Mas apesar de ese éxito, el público se ha declarado resueltamente por Amalia Campos. Ella constituye el *succés* de la última sección en el teatro del Duque, en la que nos parece habrá representaciones de *El juicio oral* para ratos.

Y cuando se le acabe ese filón al afortunado empresario, aún le queda otro que muy bien puede explotar.

La presentación de *Pepitilla* en la escena, para dar conferencias cómico-trágicas sobre moralidad municipal. (En eso de la moralidad no se trataría nada de la limpieza pública.) No hay que dudar que el hecho constituiría un *verdadero acontecimiento*. Y á la empresa le resultaría indiscutiblemente más económica la contrata del *famoso* personaje de la política local, que la de la aplaudida coupletista.

Pepitilla es hombre que se contenta con poco dinero; lo ha probado en las diversas ocasiones que se dejó *contratar*.

Mas, por ahora, seguiremos con la Campos, que, dicho sea sin exageración, resulta bastante «subida en su pedestal.»

X.

Los dos viejecitos

La señorita Malvina de Outreval vivía en una casa cubierta por la sombra que proyectaban las altas torres de la catedral.

Viejecita y arrugada, no tenía más que la fuerza precisa para ir de una butaca á otra, y se pasaba las horas muertas atizando el fuego de la chimenea con sus temblorosas manos.

No echaba de menos ninguna ventura, ni sentía el pesar de la nostalgia, y esperaba con indiferencia el término de sus días.

Sola en el mundo, y última de su nombre, no contaba ya los años que la iban abrumando con su peso, y hallabase reducida á la compañía de una criada tan anciana como ella y de un pobre viejo, caballero de Malta, que en otro tiempo la había adorado en Coblenz, y que, como un devoto que va á la iglesia, acudía todas las noches á casa de Malvina.

Reinaba entre ellos una amistad franca y sincera que jamás se veía perturbada por sinsabor alguno, y uno y otro se entretenían en sus conversaciones en evocar el recuerdo del pasado.

Daba gusto verles reunidos bajo el resplandor de un quinqué cubierto con una pantalla de encaje, y observar sus dedos hucosos, que temblaban al lanzar las cartas sobre la mesa.

Terminada la partida, M. de Navicourt, que así se llamaba el caballero de Malta, acercaba su butaca á la de Malvina y empezaba su conversación.

A veces le decía el anciano con tiernas inflexiones de voz:

—¡Qué cruel fué usted conmigo allá en nuestra juventud!

Malvina suspiraba sin contestar al principio, conviniendo al fin en que hizo mal en ponerse á tararear una canción el día que Navicourt le habló formalmente de amor.

Después confesaba lo mucho que le costó resistir á sus ruegos y encerrarse en su orgullo como en una fortaleza.

—¡Qué cruel fué usted conmigo!—repetía el viejecito.

Y la señorita de Outreval le contestaba:

—Sí, pero, de lo contrario, tal vez no seríamos tan buenos amigos.

Y luego llamaba á la criada, se dejaba besar la mano, acompañaba á M. de Navicourt hasta la puerta, y mientras el anciano bajaba la escalera, sujetándose al pasamano, le decía con voz maternal:

—¡Cuidado con el último escalón!

Tanto charlaron cierta noche, y tantas tazas de té bebieron, que poco á poco cerráronse sus ojos y fuéronse durmiendo los dos, en medio de sus recuerdos, con la boca entreabierta y los brazos pendientes.

La criada, á quien nadie llamaba, seguía durmiendo en la cocina.

Consumiéronse las bujías, apagóse el fuego, y empezó á rayar el alba, comenzando á reanudarse el movimiento natural en las calles.

La señorita de Outreval se despertó de pronto, bostezó, desperezóse y lanzó un grito de estupor al ver á M. de Navicourt que roncaba en su butaca, con la peluca torcida y la corbata desatada.

El grito de Malvina despertó á M. de Navicourt y uno y otro se miraron con una sorpresa cómica, como dos culpables cogidos *in fraganti* por un marido celoso.

¡El caballero de Malta había pasado la noche al lado de la señora de Outreval! ¡Qué día la gentel! ¡Qué escándalo! ¡Aquella mujer iba á ser la fábula de la población! ¡Malvina, la immaculada, la que en su vida había cometido un sólo pecado venial, estaba gravemente comprometida! ¡Qué pensaría la criada?

La pobre anciana lloraba, sumida en la mayor desesperación y decía con dolorísimo acento:

—¡Qué desgracia, Dios mío, qué desgracia!

Entonces, M. de Navicourt, después de haberse arreglado el nudo de la corbata, exclamó con tono solemne:

—Hay un medio de arreglarlo todo, señorita... un medio de reparar... nuestra distracción... ¿Quiere usted ser mi esposa?

Malvina se estremeció y cayó en brazos de su amigo sin pronunciare una palabra.

Y por eso fué que Malvina de Outreval se casó á los ochenta y cuatro años con M. de Navicourt, y por eso no la enterrarán con palma cuando el Señor sea servido llamarla á mejor vida.

RENÉ MALZOROV.